









































Tomábamos mucha sopa de gallina, porque en Chernobó había muchas gallinas. Con el caldo hacía borsch shchi y solianka. Nunca nos aburríamos. Me imagino a Irina cortándole la carne a Laura en pedacitos, cuando era chica. Si Laura estuviera conmigo, le contaría cómo era su madre de pequeña. Pero Laura está muy lejos y me mira desde la pared con sus ojos grises y tristes.

El día pasa rápido cuando uno tiene actividades. Ordeno la casa. Lavo algunas bragas y las cuelgo de la cuerda en el jardín. El sol las seca y las blanquea, y dos horas más tarde puedo doblarlas y ponerlas en el armario.

Limpio con arena la olla que he ensuciado, la enjuago con agua de pozo y también la dejo secar al sol. Entremedio tengo que hacer una pausa, me siento con un periódico en el banco que está frente a la casa. Los periódicos me los dio Marja. Los encontró en su casa cuando entró a vivir en ella. Antes vivía allí una señora sola que leía mucho el periódico, además de las buenas revistas femeninas: la *Trabajadora* y la *Campesina*, cada número. Estaban atadas con cuerdas de colgar la ropa debajo de la cama y en el cobertizo de las herramientas. Marja me las dio todas. Las leo cuando tengo tiempo durante el día o antes de dormirme.

En la *Campesina* que ahora he abierto hay recetas con acedera, un patrón de vestido, una breve historia de amor que sucede en un koljós y un comentario sobre el tema de por qué las mujeres no deberían llevar pantalones en su tiempo libre. Es de febrero de 1986.